

De los Arribes del Duero a las Pampas argentinas

Inocencia Rodríguez Martín

DE CEREZAL DE PEÑAHORCADA A DAIREAUX

Entre la bruma del recuerdo, comienzan a aparecer imágenes borrosas y parece que el reloj del tiempo retrocede y las agujas de la imaginación vuelan y se detienen en una hora exacta: las 10 de la mañana de un día muy cálido del mes de agosto del año 1952; fecha precisa de un exilio forzado del querido y añorado Cerezal de Peñahorcada.

Porque, quien está recordando y escribiendo esta historia (que por cierto es real, ya que es la mía y yo la viví), es alguien que siente cuánta verdad hay en el dicho “que el alma duele”, porque aunque no se ve, sí se siente, a través de sentimientos y aún más les digo: trataré de verter en este relato no solamente mis vivencias, sino también lo mejor que tengo en mi interior, con una desnudez total, que ofrezco humildemente a quienes, como mi familia y yo, tuvieron que dejar el terruño y echar raíces en esta hermosa tierra que es Argentina. Agradezco a Dios por guiar mi mano a la hora de las narraciones y tener la dicha de poder, a través de las palabras, expresar sentimientos y desenterrar tesoros escondidos.

Escribir... escribir es plasmar ideas, angustias, gozos, alegrías, emociones, sentimientos. Por eso es hermoso escribir, mientras se percibe una dulce fragancia en las palabras y escucha-



mos una melodía con perfume a lavanda. Y qué mejor manera de comenzar mi relato de esta forma:

Yo nací en Los Arribes,
allá lejos y en España,
en Los Arribes del Duero.
En un pueblito pequeño, Cerezal
de Peñahorcada, que enclavado
en la provincia de Salamanca está.
Una familia muy hermosa, compuesta
por un jefe patriarcal, Don Leonardo,
una gallega muy alegre, Doña Felicidad.
A mí, para completarla más, me llamaron
Inocencia, que pensaba que en la tierra,
en la tierra no había maldad.
Esta familia formaba un árbol,
que trasplantado a la Argentina,
echó grandes raíces acá,
sin olvidarse nunca de su España natal.
Así el árbol no se derrumbó,
aseguró sus raíces y se alzó,
porque las tenía muy buenas,
y como dirían algunos;
¡de pura cepa no más! Porque esas raíces son fuertes,
prendieron muy bien en Argentina,
porque quien al árbol trasplantó,
fue un patriarca muy querido,
que supo en mí inculcar,
los valores que a mi lado están,
y que son: Verdad, Justicia, Solidaridad.

La historia comienza cuando mis padres decidieron dejar a una España que se había desangrado en una Guerra Civil muy cruel y dolorosa, hasta convertirse en una España pobre y desesperada. En ese cálido verano el año 1952 partieron hacia América del Sur, a Argentina, con dos pequeños tomados de sus manos, mi hermano Ángel y yo.

Qué puedo decir de lo que se siente en el alma, en lo profundo de nuestro ser, cuando hemos sido forzados a un exilio (por así decirlo) que no elegimos. Es como dice una famosa canción “*no soy de aquí, ni soy de allá...*”. Porque eso es lo que siento. Añoro, extraño el lugar donde nací, donde di mis

primeros pasos, donde quedaron mis abuelos, mis tíos y primos... Como si fuera un sueño, comienzan a aflorar imágenes de nuestra partida de Cerezal. Mi hermano Ángel corriendo y llorando alrededor de nuestra abuela paterna Adelaida, prendido de su falda fuertemente y no queriendo dejarla. La abuela materna Manuela, el abuelo Urbano, las lágrimas de todos, en los rostros curtidos por tantas miserias y pobrezas, despidiéndose con la casi seguridad de no volver a vernos. El sendero hasta el autobús que nos llevaría a Salamanca y luego el tren, hasta Cádiz. Allí, las últimas fotografías en tierras españolas, con una expresión singular en los rostros, mezcla de asombro, de alegría y de tristeza.

Mi hermano era el que más sentía la partida; yo, debido a mi corta edad, no entendía mucho lo que sucedía. En ese puerto de Cádiz embarcábamos en el buque “Cabo de Hornos” y la travesía por el océano, tan inmenso que parecía no tener fin nunca. Así, días y días en esa inmensidad: cielo y agua, agua y cielo. Algunos delfines brincaban a lo lejos y nos acompañaban, como para romper esa monotonía. Y el tiempo transcurría.



Fotografía del billete de tren a Cádiz. 1952 (sic)..



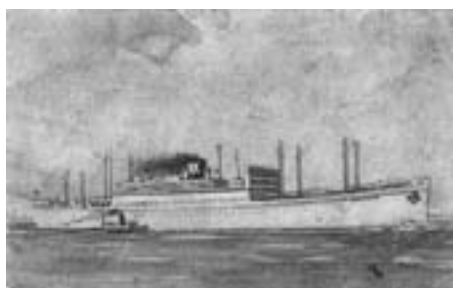
Los padres de la autora y sus dos hijos, Ángel e Inocencia.



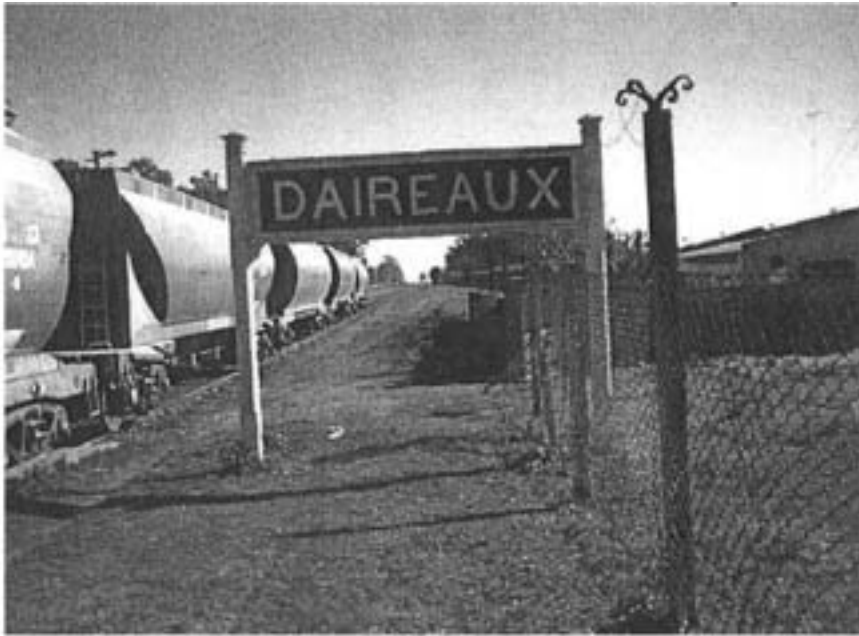
La autora y su hermano, Ángel.

Lo que más recuerdo fue nuestro bautismo de espuma al atravesar la línea del Trópico, en Ecuador¹. Fue una verdadera fiesta inolvidable. Estaba el dios Neptuno (rey de los mares) con su corona y el tridente en su mano derecha, sentado en un trono que se había preparado en la cubierta del buque. Todos los chicos nos acercamos a él, con asombro, como asustados (era la primera vez que veía a un rey de cerca y podía tocarlo). Los ojos los abríamos desmesuradamente ante semejante espectáculo y luego nos hicieron formar en fila ante el soberano y, uno a uno, mientras no sé de dónde salía aquella espuma que nos cubría por completo; nos fue bautizando a la vez que decía las siguientes palabras:

“En nombre del dios Neptuno, rey de los mares, al bautizarte solemnemente en sus predilectos dominios del Ecuador, te otorgo el nombre de Inocencia Rodríguez Martín. Con este noble nombramiento podrás circular libremente por todos los océanos, siendo respetada como corresponde a tu alta jerarquía.”



¹ En Ecuador se encuentra el paralelo O^o ó Ecuador, los trópicos están a 23^o, de latitud norte o de latitud sur, de diferencia de este país (N.E.).



Al llegar a Brasil, a São Paulo, el asombro al ver a grandes bananos o plátanos al hombro de personas de piel muy oscura, donde se destacaban nacara-



Los abuelos de la autora, Adelaida y Urbano, con sus hijos. El padre de la autora en el centro. Cerezal, 1927.

dos dientes en bocas sonrientes. Solamente un día estuvimos en el puerto, cuando partimos ya era directamente hacia Argentina. Siempre recordaré la alegría que mis padres y los españoles que emigraban derrochaban en la cubierta del buque. Pese a la tristeza que en un rincón de su corazón guardaban, por todos los afectos dejados, eran interminables las danzas folklóricas españolas

que ellos bailaban (sobre todo mi padre). Una flauta artesanal, un tamboril, un canto jondo improvisado, una botella equilibrando en su cabeza, un repicar de castañuelas y mi hermano y yo, uniéndonos a la algarabía reinante y, así, una mañana soleada arribamos al puerto de Buenos Aires, ese lejano lugar que ahora lo tocábamos. Como prueba ha quedado este viejo y ajado pasaporte de mis padres, donde figuran los principales datos, desde nuestra partida hasta la llegada y el lugar de destino: Daireux, en la provincia de Buenos Aires.

El encuentro con otros “paisanos” naturales de Cerezal, que ya vivían aquí y que nos ayudaron a subir al tren y partir a “Las Pampas Argentinas”. Estoy en este momento haciendo un esfuerzo muy grande para poder continuar con el relato, ya que la piel se me eriza y un escalofrío recorre mi espalda, al recordar esos momentos, tan lejanos en el tiempo, pero sin embargo tan cerca de mí. Pido disculpas por ello y continúo así: el viaje fue muy placentero. Todo era nuevo para nosotros. Esa gran inmensidad de la llanura, los verdes campos con el trigo preparándose para ser en el estío el oro de esas simientes, transformado en espigas doradas. Mucho ganado paciendo a sus anchas por doquier. Mis ojos no salían de su asombro al contemplar todo lo que se ofrecía a nuestras miradas. Era tan distinto de lo que habíamos dejado en Cerezal. Y así, mirando y mirando llegamos al pueblo de Daireaux, a unos 400 Km. de la ciudad de Buenos Aires. En el andén de la estación del ferrocarril estaban esperándonos los familiares (una tía de mi madre, con su familia) y paisanos, que años atrás también habían dejado el terruño para echar raíces aquí. Fue todo muy emotivo, por el reencuentro, sobre todo. Ellos nos llevaron hasta la vivienda que nos alojaría hasta tener la propia.

Allí conocí a otros primos y primas de mi edad, con los que jugaba, pero a medida que pasaban los días, notaba la tristeza de mis padres, añorando los afectos dejados. En cierta manera, mi hermano y yo también los extrañába-

mos, pero como éramos pequeños lo superamos mejor. Recuerdo lo distinto del idioma (aunque le llaman castellano aquí, yo diría que es más “argentino” o como le dicen en la actualidad “lunfardo”, que es la mezcla de los lenguajes de los distintos países), y la burla al escucharnos hablar.



Siempre noté que el nativo de Argentina (llámese criollo) nos veía con malos ojos, como que habíamos venido para sacarles sus trabajos, y así nos discriminaban con apodos que nos sentaban muy mal. Como aquí todo era abundancia, había por supuesto derroche, sobre todo en la comida. Siempre recordaré las anécdotas de mis padres, contándonos que a veces en España tenían para comer solamente “un huevo frito”, que compartían con mi madre, y que con la matanza de un cerdo tenían para comer todo el año. Además las patatas y las legumbres las cultivaban en huertas que ellos mismos atendían. Aquí, en Argentina, no era bien visto que se ensuciaran las manos y la ropa labrando la tierra para cosechar las verduras y legumbres que la familia consumía (estos trabajos los hacían los españoles y los italianos, sobre todo). Así pasábamos a ser los “gallegos roñosos” o “los gallegos tacaños” y con esos improperios e insultos nos trataban, porque decían (y aún lo dicen) que “no rompíamos un huevo por no tirar la cáscara”, refiriéndose a que aprovechábamos todo, sin tirar nada. Ellos no comprendían qué era un “mendrugo”, porque en la Argentina de entonces el pueblo comía pan fresco, recién horneado, todos los días. Habiendo transitado los senderos de la vida, he aprendido que solamente viviendo o padeciendo en carne propia el desarraigo y la soledad, se puede llegar a comprender a los semejantes y, cosa curiosa, ya hace unos años, que los argentinos comenzaron a emigrar hacia España, en busca de nuevos horizontes, al igual que nosotros, pero a la inversa. Sin embargo el ser inmigrante hace cincuenta y pico años atrás era muy distinto de ahora, ya que entonces no había internet, ni faxes, ni teléfonos con cámaras para ver al que está hablando, ni aviones (se viajaba en buques). El que se iba, se iba, se desprendía de la piel vieja con un corte abrupto. Al igual que lo habíamos sentido unas cuantas décadas atrás, los emigrantes argentinos prefieren vivir las adversidades de sentirse como un paria fuera de su tierra, a permanecer en un país que se pierde en un caos.

Cuando comencé la escuela primaria no me llamaban por mi nombre, era simplemente “la gallega”, dicho en tono despectivo y humillante. En Argentina, a todos los españoles, sean de la región que sean, los llaman así, por el primer contingente de inmigrante que llegaron de España y que sí eran de Galicia. Mis padres, como todos los inmigrantes, lucharon y trabajaron muy duro, se podría decir de “sol a sol” y de esa manera pudieron hacerse la propia vivienda, darnos un estudio (a los cuatro años de estar en el país, nació Tomás) y poder regresar a los diecisiete años a visitar su querido y recordado Cerezal.

Siempre recordaré con qué emoción mis padres recordaban y contaban historias de su niñez y juventud; con qué amor y cariño nombraban a España, de tal manera que, cuando cursé el secundario, ya me había atrapado su his-

toria y su geografía, a tal punto que conocía todos los rincones y fechas y lugares de allí.

Cuando me entregaron mi título me exigieron hacerme ciudadana argentina, porque de lo contrario, no podría inscribirse en el Ministerio de Educación. Y por motivos laborales lo tuve que hacer (cuando, durante los años de estudio, fui la abanderada del colegio, por tener el mejor promedio y no importó ser “gallega”). En ese año todavía no existía la ley de doble nacionalidad, por lo que el próximo año tramitaré para recuperar la nacionalidad española y acogerme a esa nueva ley nombrada.

Los años siguieron pasando y formé una familia, con dos hijas que también quieren y sueñan con España (aunque la menor la conoció cuando tenía 12 años). Siempre, siempre he tenido a España presente y a medida que los años van pasando más la añoro. Es como tener el corazón partido en dos, una mitad está aquí, con mis hijas y mis afectos y la otra está en esa querida tierra. Todo lo que se relacione con ella me produce sensaciones que recorren mi interior y me hacen temblar, ya sea si veo noticias a través de la TV o si leo revistas o hablo por teléfono. En mi casa tengo al lado de la bandera argentina a la española y en los colores de las flores de mi jardín predominan el rojo y oro². Cada vez recuerdo más y más palabras bien castellanas, que mis padres decían y las mezclo con las “argentinas” para asombro de los que me escuchan, que no entienden nada. En los últimos años de su vida, mi madre siempre decía que si pudiera retroceder el tiempo, no se vendría de España, ya que el precio que pagaron fue muy alto (refiriéndose a todos los afectos dejados). Tengo entre mis manos dos fotografías, la primera del año 1927 aproximadamente, donde está mi padre



Boda en Cerezal, 1945.

² Clara alusión a la bandera española: roja, amarilla y roja (N.E.).



Minas de Barruecopardo, hacia 1945, mi padre señalado con un círculo.

Leonardo con sus hermanos (es el que está parado entre abuela Adelaida y abuelo Urbano) y la segunda es del casamiento de un tío materno, aproximadamente el año 1945 (mi madre Felicidad está al lado del novio).

Entre las varias anécdotas que nos contaba mi padre, está la de cuando trabajaba en

las minas de Barruecopardo, donde había importantes reservas de wolframio y chelita. Diariamente junto a la cuadrilla que trabajaba se dirigía hacia las canteras, donde a fuerza de pico y barreta (*sic*) extraían el mineral. Los mineros trabajaban en condiciones infrahumanas, en pozos sin ninguna clase de seguridad. Aunque la paga era escasa, a veces solamente les alcanzaba para comer, lo hacía con alegría, entonando canciones tanto al ir como al volver de allí. Hurgando entre las fotografías encontré ésta, donde mi padre está dentro de un círculo marcado.



Mi padre tocando la flauta y el tamboril.



Frontón de Cerezal, 1919.

Barruecopardo fue en ese momento un centro minero de gran explotación. Las minas estaban a 2 km del pueblo, más 6 km de Cerezal, hacían un total de 8 km.

Al regresar a Cerezal, luego de asearse y comer algo, marchaba hacia la taberna, donde con una flauta artesanal y un tamboril desgranaba notas que formaban canciones que entretenían a los que allí estaban.

Qué fuerza de espíritu que tenían los de esa época, que los malos momentos no les hacían caer los brazos. Aunque, en realidad, su profesión era la de constructor, aprendida de su padre y sus hermanos. Varias casas del pueblo fueron construidas por ellos, utilizando piedra que extraían y cortaban del lugar. El frontón del pueblo es levantado y construido en dicha piedra por abuelo Urbano, en el año 1919.

Entre algunos documentos, encontré éste que pertenece a la partida de nacimiento de mi abuela materna y que figura a continuación:





Encontrarme con la casita de piedra en donde nací.

Así, entre recuerdos, anécdotas, fotografías y documentos llegamos al momento más emotivo de mi vida: cuando regresé por primera vez a mi terruño, al querido y recordado Cerezal de Peñahorcada. Fue en el año 1992, junto a mi hija más pequeña, Lorena. Necesitaba restituir mi vínculo, que no sé por qué razón, atravesé el extrañamiento de mi propia identidad. Pero, reencontrarme fue muy fuerte, fue como encontrar algo lejano, como la infancia, dejada en las callejuelas de Cerezal, que tenía un poco de paraíso perdido, y que se siente muy dentro del corazón de nosotros mismos.

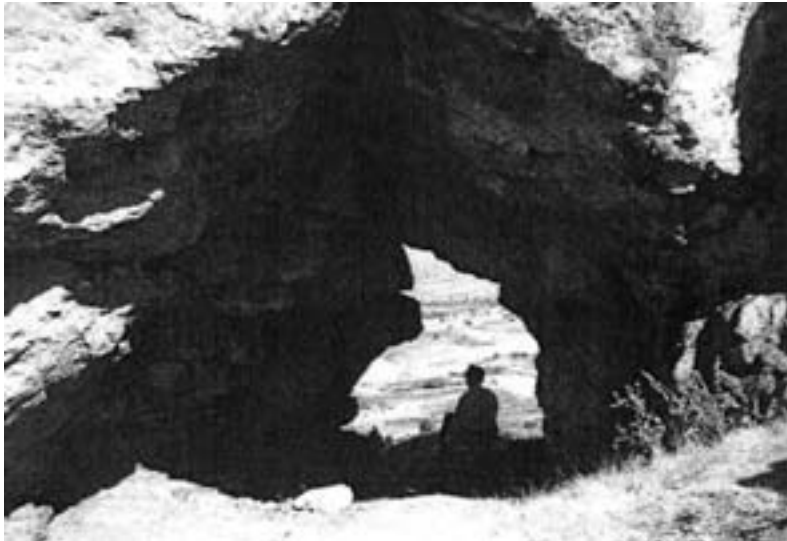
Y muchos otros lugares, que nombraré solamente, como: “la cueva de la mora”, que las fábulas populares atribuyen a los moros o musulmanes; “el buquero”, lugar



de refugio donde los pastores se protegían del frío, la lluvia y el viento. En el pueblo, un potro de herrar en piedra, es otro recuerdo de las costumbres del lugar.



Con la casa natal de mi madre, también en piedra y aún en pie.



La famosa “ventana de la sierra” en los peñeros, tantas veces nombrada por mis padres.



Potro para herrar el ganado vacuno de trabajo (N.E.).

Así, caminando... caminando, llegué ante la casa de mis ancestros, de dos plantas, con un balcón en hierro forjado y piedra labrada (por mi abuelo paterno). Mucho tiempo estuve observándola, pensando en cuantas historias habrán transitado por su interior, unas alegres, otras no tanto, pero todas formando crónicas de vidas pasadas. Puedo decir que

el primer día que recorrí todos estos lugares, no pude evitar el llanto, en parte por la alegría de encontrarme allí, en parte por encontrarme con mis raíces y en la actualidad, sin mis padres ya; que un lejano tiempo atrás partieron hacia un lugar no retornable, dejando un vacío muy grande pero también su inmenso amor por su tierra, por su Cerezal, como decían a menudo. Rememoro para terminar mi relato, de esta manera: también recuerdo, al volver a España, qué alegría, qué emoción, pisar mi tierra, recorrer mi pueblo, que nunca olvidaré, aunque tenga aquí prendidas mis raíces. Les diré, que tengo el corazón partido en dos, quiero a los argentinos y este país, pero también a los gallegos y su alegría. En mi pueblo bailan al repicar de un tamboril, unas castañuelas o las palmas. Su gente tiene los ojos claros y mansos, son fáciles para el humor y el perdón, los labios frescos para dar humedad a las almas secas por los odios y rencores. Allí vi las casas construidas por mi abuelo, por mi padre y mis tíos también. Qué grandeza la de ellos, que ha sido el trabajo duro y callado, su capacidad para soportar sufrimientos y arreglar la vieja casa de nuestros abuelos. Sus costumbres, sus tradiciones, traídas de la mar hacia acá, formando en Argentina un grupo, muy singular: “los gallegos del más allá”.

¿Qué más les puedo decir? Les diré lo que pienso a través de la verdad, espero sepan interpretar y no objetar, ya que no es mi intención dar una falsedad.

Que “¡Viva España, olé!” y ¡Viva Argentina, canejito!”
Que unidas venceremos a la adversidad,
que somos madre e hija por igual.
Juntas, recuperaremos la esencia misma de la libertad,
y hacia un futuro muy prometedor avanzaremos ya.